

Misioneros y bienandantes: control meteorológico y lucha contra el mal

Julio Glockner Rossainz^{1*}

¹ Antropólogo

* Dirección para correspondencia: julioglockner@yahoo.com.mx

Lo verdaderamente milagroso de los milagros es que a veces se producen.

G. K. Chesterton

En el último cuarto del siglo XVI, en la región de Friul, al norte de Italia, se hizo pública —primero en declaraciones al interior de algunos conventos y más tarde en interrogatorios ante el Santo Oficio— la existencia de un pequeño grupo de campesinos que, durante las noches de jueves de las cuatro témporas del año, realizaban combates oníricos contra un grupo de brujos que intentaban perjudicar los campos de cultivo. Las témporas —explica Carlo Ginzburg, a quien sigo en la caracterización de este grupo— son los tres días de ayuno prescritos por el calendario eclesiástico en la primera semana de Cuaresma (témpora de primavera), en la octava de Pentecostés (témpora de verano), en la tercera semana de septiembre (témpora de otoño) y en la tercera semana de Adviento (témpora de invierno). Se trata de fechas que marcan el tránsito de una estación a otra, siguiendo las antiguas festividades del calendario agrícola romano, más tarde integradas al calendario cristiano.¹

Siguiendo a Mircea Eliade, Ginzburg propone que los combates entre los benandanti y los brujos están relacionados con antiguas contiendas rituales entre representantes del invierno —es decir, la sequía y la aridez de la tierra— y el verano, cuando resurgen el verdor y la fertilidad. Estas contiendas se vinculan en Europa con ritos más antiguos, como el de la caza de la muerte o la bruja. Se trata —dice Eliade— de rituales de regeneración del año y la vegetación: la muerte y el entierro del carnaval, la lucha entre el invierno y el verano, seguida de la expulsión del invierno —que representa “la muerte”— y la posterior introducción de la primavera.² A Ginzburg le preocupa la falta de coincidencia calendárica entre las cuatro épocas y el combate verano-invierno. Eliade insiste en que la lucha en sí misma es un ritual de estimulación de las fuerzas genésicas y de las fuerzas de la vida vegetativa.

Los combates nocturnos de los benandanti se llevaban a cabo “en espíritu”, es decir, mediante el desprendimiento del espíritu de la persona durante el sueño. Una vez libre del cuerpo, el espíritu podía viajar por los aires, cabalgando generalmente en algún animal —como un caballo, una liebre o un gato— y trasladarse a los campos de batalla convenidos, armado con ramas de hinojo y un estandarte blanco y dorado, para luchar contra sus contrincantes, brujos y brujas, armados a su vez con varas de sorgo y una bandera amarilla con cuatro diablos. El hecho de cabalgar volando sobre diversos animales para dirigirse al combate evoca una antigua costumbre europea, detallada por Frazer en *La rama dorada*, que consiste en creer que el espíritu del grano está presente en los sembradíos y que

será cogido o muerto en la última gavilla. Cuando el viento sopla sobre los sembradíos y los agita, se piensa en el paso de ese espíritu animal por los cultivos. El espíritu del grano bajo forma animal, atrapado en el último atado de la cosecha, expone claramente el carácter sacramental de la cena de la recolección, al servir en la mesa a ese animal cocinado junto a su representación vegetal, que igualmente será consumida por los comensales-agricultores.³ De modo que cabalgar sobre animales significa, siguiendo la lectura de Frazer, cabalgar sobre el espíritu de las semillas que se siembran en los campos.

Los benandanti, que como su nombre indica significan “los que andan bien” o “los que andan por el buen camino”, operaban como una secta organizada militarmente por un capitán que se revela en sueños y exhorta a quienes han nacido con una “camisa” (membrana amniótica) a formar parte del grupo protector de las cosechas. Esta camisa, a la que Ginzburg atribuye solo creencias supersticiosas, desempeña una función protectora: resguarda a los soldados de las heridas, aleja a los enemigos y ayuda incluso a los abogados a ganar los casos. Las virtudes mágicas de esta capa protectora con la que se nace son consagradas más tarde en algún templo, con el objetivo de que sean reconocidas por los poderes del cielo, al cual, finalmente, pertenecen. Dos mujeres de Udine fueron procesadas por el Santo Oficio en la Navidad de 1647 por haber colocado bajo el altar de una iglesia una “camisa” para que se dijeran sobre ella algunas misas y después enviarla a un joven que estaba en la guerra, para asegurarle invulnerabilidad.⁴ La costumbre debió ser

bastante extendida, pues San Bernardino de Siena predicó condenando estas prácticas desde principios del siglo XV.

Paolo Gasparutto, uno de los condenados por la Inquisición en 1580 en Friul, tuvo una visión en sueños en la que se le presentó un ángel del cielo:

Serían las doce de la noche —declara en su confesión—; estaba en mi primer sueño cuando se me apareció un ángel todo de oro, como los de los altares, y me llamó, y mi espíritu salió de mí [...] y me llamó por mi nombre, diciendo: “Paolo, te mandaré un benandante y es necesario que vayas a combatir por las cosechas”. Yo le contesté: “Iré, soy obediente”.

El otro condenado a seis meses de prisión, el pregonero Battista Moduco, relató así la aparición del ángel:

Cuando se me apareció a mí... yo estaba entre dormido y despierto; me pareció que era un hombre de Trivignano, y porque yo llevaba al cuello la camisa con la que nací, me pareció que me decía: “Tú debes venir conmigo porque tienes una cosa mía”. Yo respondí que si era necesario ir, yo iría, pero que no me quería apartar de Dios. Él me dijo que era la voluntad divina, así que yo me fui con él; tenía veintidós o veintitrés años.

Cuando el ángel le ordena seguirlo, es decir, que su espíritu se desprenda de su cuerpo para ir a combatir a los brujos, le dice que debe hacerlo porque tiene algo que le pertenece. Esto significa que la membrana amniótica o camisa tiene un origen celestial, que viene de la dimensión donde habitan los ángeles, que a esa

dimensión pertenece, y quien nace con ella estará protegido si sabe conservarla y procurar el contacto con los poderes del cielo.

En consecuencia, una parte constitutiva de la persona —el amnios— no le pertenece del todo al individuo, sino a fuerzas celestiales y divinas; al nacer con ella, se convertirá en un *alter ego* protector y en una señal de que posee un don.⁵ Paolo Gasparutto comentó a los inquisidores que un año antes de que el ángel se le apareciera, su madre le había dado la camisa con la que había nacido, explicándole que la había hecho bautizar junto con él y que había mandado decir nueve misas con oraciones y evangelios. Le hizo ver que había nacido benandante y que cuando fuese grande saldría por las noches, advirtiéndole que siempre debía llevar consigo la camisa cuando fuera a combatir contra los brujos, pues “quienes tienen la camisa y no la llevan encima, no pueden ir”.⁶

Hoy nos parece evidente que ambos acusados son partícipes de antiguos ritos agrícolas para garantizar buenas cosechas, y sus primeras confesiones así lo revelan. Pero la presión del Santo Oficio para que declaren haber sido engañados por el Diablo, haberle rendido culto y, en consecuencia, haber cometido un grave pecado contra Dios y su Iglesia, poco a poco va ganando terreno, hasta que ambos confiesan ser culpables. Son encerrados durante seis meses y, en un auto de fe, exponen públicamente su arrepentimiento ante las autoridades eclesiásticas,⁷ solo por haber tenido esos sueños —pues Carlo Ginzburg no menciona la realización de rituales en los campos de cultivo o en otro lugar, aunque probablemente existieron.

Pero la actividad protectora de los cultivos que llevaban a cabo los benandanti no debe entenderse como una finalidad exclusivamente económica, de garantizar el abasto de productos agrícolas. Los sembradíos adquieren para ellos un carácter cósmico y axiológico, en el que se enfrentan las fuerzas del bien y el mal, del bienestar individual y comunitario contra la maldad que siempre amenaza no solo con hambrunas, sino también descomponiendo las relaciones sociales e interpersonales, incluyendo la salud de las personas.

Los Misioneros del Temporal

Algo semejante ocurre con los pedidores de lluvia del volcán Popocatepetl y, particularmente, con un grupo conocido como Misioneros del Temporal en el estado de Morelos. No solo son pedidores de lluvias y conjuradores de granizo; son grandes combatientes contra el mal. Mejor dicho, la búsqueda del equilibrio meteorológico que los ocupa pasa por el enfrentamiento con las fuerzas malignas que año con año se desatan sobre los campos de cultivo, pero también dañan la armonía al interior de los pueblos, las comunidades y las familias, afectando la salud de los individuos.

Las sequías prolongadas o las granizadas que perjudican los huertos y sembradíos son consideradas por este grupo como llamadas de atención desde el cielo, debido a que en la tierra avanza la descomposición de las relaciones familiares y sociales, el olvido de Dios, la ambición desmedida, la codicia y la

envidia, la violencia y la falta de respeto a las costumbres de los mayores. La crisis de los valores tradicionales —en buena medida producto de la migración a los Estados Unidos, pero también a las grandes ciudades que rodean la región— es considerada la causa principal de la ausencia de lluvias o de los malos temporales, que son vistos como advertencias o castigos enviados desde el cielo. Por eso las peticiones de lluvia son siempre súplicas para pedir perdón, rogaciones cargadas de arrepentimiento, muestras de humildad y resignación ante la voluntad divina. Entre los Misioneros del Temporal, toda consideración meteorológica es, simultáneamente, una consideración axiológica.

Veamos algunas analogías entre los benandanti italianos y los misioneros mexicanos:

1. Los pedidores de lluvia del estado de Morelos conciben su trabajo como una “misión” que debe ser cumplida andando por el buen camino. El término “camino” tiene entre ellos un triple sentido: metafórico, para indicar que se va por el camino del bien; onírico, para indicar que se recorre, mediante un vuelo en sueños, el camino que los espíritus indican para localizar los lugares donde se han realizado maleficios; y topográfico, para indicar que se recorre el camino que conduce al Divino Rostro del Popocatepetl, sitio donde se realizan los rituales de petición de lluvia y regulación del clima. El Divino Rostro es una formación rocosa ubicada a unos 4,500 msnm en la ladera meridional del volcán. Esta última connotación, la topográfica, se hace extensiva a todos los caminos y veredas que se recorren para realizar ceremonias en una docena de lugares

sagrados, generalmente las cimas de los cerros circunvecinos llamados “Calvarios”.

2. Al igual que los benandanti italianos, los Misioneros del Temporal disponen del sueño como una dimensión existencial privilegiada para establecer y mantener contacto permanente con el mundo espiritual.
3. Ambos grupos reciben indicaciones de ángeles o mensajeros celestiales que los guían a los sitios donde deben llevar a cabo el combate contra el mal, el cual garantizará la obtención de buenas cosechas.
4. El saco amniótico o camisa, en el caso de los benandanti, y el rayo, en el caso de los misioneros, son dos elementos externos, enviados desde el cielo, para otorgar un don y determinar un destino. Ambos elementos, una vez que han sido debidamente reconocidos por sus respectivas tradiciones, son parte constitutiva de la persona elegida y la facultan para realizar su trabajo como propiciadores de lluvias benéficas, de buena salud y combatientes de las enfermedades y el mal. El golpe del rayo no es producto del azar; es una elección que se ha realizado “desde arriba” para señalar a determinada persona —ante ella misma y su comunidad— como elegida por los poderes superiores del cielo para realizar el trabajo de pedidor de lluvia y controlador del temporal.
5. Ambos grupos se conciben a sí mismos como aliados o partes integrantes de ejércitos celestiales guiados por seres angelicales —en el caso de los benandanti— y, concretamente, por San Miguel Arcángel, jefe de las milicias celestes, en el caso de los misioneros.

6. Ambos se organizan internamente en una estructura jerárquica simple que consiste en el reconocimiento de un capitán o mayor que encabeza el grupo — en el caso de los benandanti, hasta donde sabemos, esta jerarquía es solamente onírica— para combatir a los adversarios tanto en sueños como en rituales durante la vida diurna.
7. Ambos consideran que durante el sueño su espíritu se desprende del cuerpo, el cual queda inerte, como sin vida, y en una situación de extrema vulnerabilidad: si quedara boca abajo —en el caso de los benandanti— podría morir. Los misioneros, por su parte, mencionan que si la persona es despertada repentinamente, antes de que el espíritu retorne al cuerpo, puede sufrir un extravío mental o incluso morir.
8. En ambos casos se realizan vuelos mágicos para trasladarse a los lugares de enfrentamiento con las fuerzas malignas. En el caso de los benandanti, solo en sueños (hasta donde sabemos); en el caso de los misioneros, son vuelos oníricos, pero también propiciados por el consumo de enteógenos.
9. En ambos casos existe la presencia de animales durante los sueños y los combates oníricos. En el caso de los benandanti, tanto ellos como los brujos y brujas cabalgan sobre liebres, gatos, caballos y otros animales. En el caso de los misioneros, aparecen como metáforas de seres malignos bajo la forma de serpientes, leones o toros amenazantes, que son vencidos mediante oraciones y la señal de la cruz.

Quizá la causa fundamental que propicia estos enfrentamientos entre el bien y el mal sea la envidia, que tiene un trasfondo teológico en la expulsión de Lucifer del cielo empíreo por parte de los ángeles y arcángeles que ejecutan la voluntad de Dios para expulsar las fuerzas del mal de sus dominios. La envidia, que es la causa principal de enfermedades y malestar social provocados por brujería, tiene una gran variedad de recursos y formas de operar. René Girard ha analizado con gran lucidez la lógica de estos mecanismos mediante lo que él llama el deseo y las rivalidades miméticas, que tienen la cualidad de expandirse como una epidemia.⁸

Los Misioneros del Temporal de Morelos afirman que, mientras ellos realizan la apertura de los canales en los patios ceremoniales de los calvarios —trazando con una vara de membrillo una gran cruz en la tierra, de norte a sur y de oriente a poniente, con el fin de que el agua que descende del cielo se distribuya equitativamente—, los espíritus del cielo que han sido invocados realizan exactamente la misma tarea en el plano celeste. Si esta conexión entre los dos planos de la existencia no se produjera durante el ritual, carecería totalmente de importancia y eficacia llevarlo a cabo; no sería sino una especie de representación teatral sin poder genésico alguno. Entre la parafernalia ceremonial que emplean los Misioneros destaca una jícara roja que contiene los elementos meteorológicos indispensables para ejecutar el ritual propiciatorio de las lluvias y controlar su intensidad: están las nubes, el rayo y los relámpagos, simbolizados en trozos de algodón, hachas de piedra prehispánicas y pequeños espejos circulares.⁹

El cielo y los poderes curativos: el caso de Angelino Calderón

La lógica mística de esta conexión está presente también en los procesos curativos. Invariablemente, los curanderos afirman que no son ellos quienes curan, sino Dios o los espíritus del cielo, que intervienen de modo imperceptible pero eficaz en la sanación de los enfermos. Ellos solo se limitan a ejecutar lo que se les ordena en sueños, o bien a diagnosticar, recetar y ejecutar terapias curativas según lo que se les indica en estados de “concentración” o trance.

Tal es el caso de Angelino Calderón, de Hueyapan, Morelos. Cuando su tercera hija tenía ocho meses de edad, estuvo al borde de la muerte a causa de una brujería dirigida contra él y su mujer. Una curandera local sanó a la niña, y él le pidió a Dios que le otorgara el don de curar “para destruir la maldad que hay en el mundo”. Años después, estando en el patio de su casa descargando de un burro la leña que había ido a cortar al monte, perdió repentinamente el conocimiento y cayó al suelo a causa de un rayo que le pegó en el cuerpo. Su hija mayor presencié el hecho y le dijo, cuando volvió en sí, que había visto un manojo de luz azul descender del cielo sobre él, y luego se escuchó un tronido. Angelino describe el hecho como una serpiente que le entró por el estómago, le dio la vuelta por la espalda y salió por su cabeza, dejando un agujero en el sombrero que llevaba puesto.

Semanas antes de que el rayo le pegara aquel día nublado y con llovizna, tuvo una visión nocturna muy significativa. Soñó que estaba dentro de un ataúd, y por la pequeña ventana de aquella caja veía llorar a su familia. Escuchó que las

campanas tocaban su ingreso al cementerio, y la pequeña ventana se cerraba, quedando en la más completa oscuridad. Entonces comenzó a gritar para que alguien lo escuchara, y en medio de esa angustia despertó. “Como quince días después —dice Angelino—, cuando me pegó el rayo, ya entendí qué era lo que el sueño me anunciaba”. Esa muerte simbólica ocurrida mientras dormía lo colocaba ya en el umbral de una experiencia que le cambiaría radicalmente la vida. Era la primera señal iniciática de lo que le ocurriría días después.

Cuando le cayó el rayo, Angelino solo sintió algo parecido a un golpe:

No vi nada, nomás haga de cuenta que alguien me golpeó y ahí me dormí; y cuando desperté estaba yo tirado, y mi familia, mi esposa, mis vecinas, estaban ahí viéndome... y llorando.

Es interesante la similitud de esta escena con la escena onírica que quedó interrumpida al haberse despertado, o mejor dicho, su despertar después del golpe del rayo equivale a la continuación del sueño, que quedó interrumpido a causa del despertar angustioso que tuvo.

El segundo despertar es un despertar a una vida nueva, totalmente diferente de la anterior y, sin embargo, la misma. Angelino fue tocado por una entidad sagrada, como el rayo, enviado desde lo alto por los poderes celestiales, y a causa de ello cayó como dormido. Pudo despertar de ese segundo estado causado por el rayo gracias a que fue tocado por otra fuerza celestial encarnada en sus hijos pequeños, los niños inocentes, que no han pecado y que personifican los poderes

angelicales que operan desde el cielo. Fueron ellos, al intentar cargarlo, quienes lo regresaron, quienes le permitieron recordar lo ocurrido, y quienes lo colocaron ante un nuevo umbral: la sanación de sus padecimientos, a condición de que él cambiara su vida y la entregara por completo al control del temporal y a la curación de los enfermos.

El relato de Angelino nos hace pensar en el cielo desde, al menos, tres perspectivas: como un fenómeno atmosférico, meteorológico y metafísico a la vez. La humanidad ha vivido siempre bajo un cielo, pero cada cultura ha tenido un cielo propio con particularidades únicas. Hay, pues, un cielo local, visible y tangible en cada pueblo; un cielo astronómico al que corresponde un cielo invisible, habitado por espíritus y seres sobrenaturales que influyen decisivamente en el destino de los individuos y las comunidades humanas. Y más aún, hay un cielo pueblerino pintado o esculpido en cada iglesia, que lo reproduce simbólicamente en sus cúpulas, bóvedas, altares y retablos. Hay, por último, un cielo doméstico en cada altar familiar, donde están presentes las deidades celestiales irradiando su fuerza benefactora desde el interior de los hogares.

Mediante las imágenes religiosas, el cielo se ha multiplicado para penetrar en la vida íntima y doméstica de las personas, hasta establecer un contacto cotidiano con esa dimensión que, a fuerza de habituarse a ella, ha dejado de ser distante y ajena para convertirse en algo familiar, en un recurso al alcance de la mano en las situaciones difíciles. Mediante la oración y el diálogo interno con las deidades o los santos que las auxilian —es decir, mediante ejercicios de

introspección y autoanálisis—, los problemas pueden ser expuestos, examinados y explicados, otorgándole un sentido a la vida personal y colectiva, quizá a través del arrepentimiento y el perdón, de la rectificación de las propias acciones y la consideración generosa de las acciones de los otros. El equilibrio emocional que se logra mediante estos actos es un componente fundamental en el restablecimiento de la salud y el bienestar de los individuos y sus comunidades.

Termino con una reflexión de Joseph Campbell, cuando dice que seguimos pensando en la deidad como en una especie de hecho tangible que está en alguna parte; Dios como un hecho. Dios es simplemente nuestra propia noción de algo que simboliza la trascendencia y el misterio. El misterio es lo que importa.

Notas

¹ Ginzburg, 2005: p. 18 y 51.

² Eliade, 1981: p. 289-298.

³ Frazer, 1951: capítulo LXVIII.

⁴ Ginzburg, 2005: p. 42, nota 35.

⁵ En un libro reciente Antonella Fagetti da cuenta de la existencia del saco amniótico en varias comunidades campesinas de México, donde se le llama “la ropita” o “la telita” y es señal inconfundible de que el niño o la niña traen un don para curar y los riesgos que correrá si esa prenda mágica se pierde. Fagetti, 2015: capítulo 1.

⁶ Ginzburg, 2005: p. 42, 43.

⁷ Según Ginzburg, a pesar de que la actitud de los inquisidores friulanos fue bastante relajada y tolerante, ya en el siglo XVII los benandanti eran considerados como brujos que participaban en el *Sabbat* (Ginzburg, 2005, p. 103-104).

⁸ Girard, 2012.

⁹ Glockner, 2000.

Bibliografía

Eliade M (1981). *Tratado de historia de las religiones*. Biblioteca ERA, México.

Fagetti A (2015). *Iniciaciones chamánicas. El trance y los sueños en el devenir del chamán*. Siglo XXI-ICSyH-BUAP, México.

Frazer G (1951). *La rama dorada. Magia y religión*. FCE, Sección de Obras de Sociología, México.

Ginzburg C (1991). *Historia nocturna. Las raíces antropológicas del relato*. Ediciones Península, Barcelona.

Ginzburg C (2005). *Los benandanti. Brujería y cultos agrarios entre los siglos XVI y XVII*. Universidad de Guadalajara, México.

Girard R (2012). *Veo a Satán caer como el relámpago*. Anagrama, Colección Argumentos, Barcelona.

Glockner J (2000). *Así en la tierra como en el cielo. Pedidores de lluvia del volcán*. Grijalbo, México.